

Kavafis el alejandrino

Nota y traducción de Pablo Ingberg

Konstantinos Kavafis, o C. Cavafis (ambas grafías son admisibles), es uno de esos escritores para quienes el pasado está siempre presente, incluso en el sentido más literal de la expresión. La peculiaridad de su caso, de todas maneras, consiste en que él nació (1863), pasó casi toda su vida y murió (1933) en el seno de la comunidad griega que residió en Alejandría, Egipto, desde los tiempos de su fundador Alejandro Magno hasta las primeras décadas del siglo XX. Por lo tanto su pasado, su cultura y su lengua tenían relación directa con aquella Alejandría del esplendor helenístico y, a través de ella, llegaban hasta Homero.

Con semejante peso sobre sus espaldas, él prefirió codearse y conversar especialmente con los períodos “menores” de la cultura griega, del mismo modo que prefería, para sus temas más contemporáneos, seres y situaciones aparentemente de las menos elevadas, que él elevaba mediante su poesía. A partir de esos mundos pequeños de ayer y de hoy, de siempre, él supo construir una de las obras poéticas más grandes del siglo XX. En los dos poemas que aquí se acompañan, que toman como excusa un par de momentos en la historia de su Alejandría, confluyen, precisamente, grandeza y pequeñez.

Dado que mi sospecha (más que mi conocimiento) del griego moderno se apoya básicamente en el griego antiguo, me fue de gran ayuda para esta traducción la edición bilingüe de M. Castillo Didier (*Kavafis íntegro*, Univ. de Chile, 1991).

Reyes alejandrinos

Están reunidos los alejandrinos
para ver a los hijos de Cleopatra,
Cesarión y sus hermanos más pequeños,
Alejandro y Ptolomeo, a quienes por primera
vez sacaban al Gimnasio
para ser proclamados allí reyes,
en medio de un brillante despliegue de soldados.

Alejandro: lo nombraron como rey
de Armenia, de Media, y de los partos.
Ptolomeo: lo nombraron como rey
de Cilicia, de Siria, y de Fenicia.
Estaba Cesarión de pie más adelante,
ataviado de seda del color de las rosas,
un ramo de jacintos en su pecho,
su cinto doble hilera de zafiro y amatistas,
atadas sus sandalias con cintillos
blancos recamados de perlas color rosa.
A éste lo nombraron con rango superior a los pequeños,
a éste lo nombraron Rey de Reyes.

Por cierto que entendían los alejandrinos
que todo era palabras y teatro.
Pero el día era cálido y poético,
el cielo un azul claro,
el Gimnasio alejandrino
una triunfal hazaña del arte,
el lujo de la corte esplendoroso,
Cesarión todo gracia y belleza

(hijo de Cleopatra, sangre de Lagidas)
y los alejandrinos corrían ya a la fiesta,
y entusiastas aclamaban
en griego, y en egipcio, y algunos en hebreo
encantados con el bello espectáculo;
aunque en verdad sabían cuánto valía eso,
qué palabras vacías eran esos reinos.

Abandona el dios a Antonio

Cuando de pronto, a medianoche, se oiga
pasar una comparsa invisible
con música exquisita, con voces:
tu suerte que declina ya, tus obras
fracasadas, los planes de tu vida
que resultaron todos ilusiones, no lamentos en vano.
Como listo desde antes, como un hombre valiente,
despídete de ella, de Alejandría que huye.
Sobre todo no te engañes, no digas todo ha sido
un sueño, que tu oído fue el errado:
a vanas esperanzas como éstas no descieras.
Como listo desde antes, como un hombre valiente,
como te cabe a ti que fuiste digno de ciudad semejante,
acércate resuelto a la ventana,
con emoción escucha, pero no
con ruegos y lamentos de cobarde,
como último placer esos sonidos,
exquisitos instrumentos del místico cortejo,
y despídete de ella, la Alejandría que pierdes.